

LECCION XXVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLOS VI Y VII).

La Iglesia propagada: conversion de la Inglaterra por los Benedictinos;—  
afligida en Oriente por los persas: calamidades de la Palestina y de la Si-  
ria;—consolada: san Juan el Limosnero, el Vicente de Paul del Oriente.

Si durante el siglo vi el Oriente infestado por la herejía hizo derramar lágrimas á la Esposa del Hombre-Dios, el Occidente no tardó en consolarla, ofreciendo á su ternura innumerables hijos. En primera línea aparecen los habitantes de la Inglaterra, cuyo importante país fué convertido de un modo muy notable<sup>1</sup>. Un jóven diácono, llamado Gregorio, pasó cierto dia por el mercado de Roma en ocasion en que estaban en venta algunos esclavos de una rara hermosura; informóse de su país y de su religion, y contestóle el mercader que eran naturales de la Gran Bretaña y paganos todavía. «¡Es posible, exclama Gregorio suspirando, que tan hermosas criaturas estén todavía en poder del demonio, y que su bella presencia no vaya acompañada de la gracia de Dios!»

En el mismo momento siente nacer en su corazon un noble pensamiento, y dirigiéndose sin pérdida de tiempo cerca del papa Benedicto I, solicita con ardor y obtiene el permiso de predicar la fe á aquel pueblo interesante. Parte en efecto, pero conmovido por los gemidos del pueblo de Roma que reclamaba á su diácono, el Sumo Pontífice envía correos en busca de Gregorio, el cual habia hecho ya tres jornadas de camino, para obligarle á retroceder. Únicamente el mérito de la obediencia pudo consolarle de tan fatal contratiempo; mas el jóven misionero no olvidó su querida Bretaña, y convertido en el papa san Gregorio el Grande, apenas se hubo sentado en la cátedra de san Pedro, cuando pensó en realizar el proyecto que desde tanto tiempo hacia latir su noble corazon. Los Benedicti-

<sup>1</sup> El Cristianismo habia sido predicado en Inglaterra desde el siglo ii; mas extinguiólo casi enteramente la conquista de los sajones.

nos le parecieron dignos de tal mision, y mandó llamar á Agustin, prior de su monasterio de San Andrés en Roma, enviándole luego á la Gran Bretaña al frente de cuarenta misioneros. Sigamos á estos nuevos conquistadores en su santa expedicion.

La apostólica compañía partió con valor y desembarcó en el país de Kent; el rey, que se llamaba Etelberto, acordó á los misioneros una audiencia pública, recibiendoles debajo de un roble, á peticion de los sacerdotes idólatras, quienes le habian asegurado que en semejante lugar perderian toda su influencia los encantos de los magos extranjeros. Llegado el dia señalado, Agustin fué conducido á la presencia del Rey: delante de él elevábase la cruz y una bandera con la imágen del Redentor; sus compañeros le seguian en procesion, haciendo resonar el aire con sus devotos cantos que entonaban en coro y uno despues de otro. El Rey les mandó sentar á fin de oirles cómodamente, y Agustin dijo: «Venimos á anunciaros la nueva mejor: Dios, cuyos enviados somos, os ofrece despues de esta vida un reino infinitamente mas glorioso y duradero que el de Inglaterra.

— «Hermosas promesas son estas, contestó el Rey, mas no quiero abandonar á los dioses de mis padres por una adoracion nueva y dudosa; sin embargo, no trato de impedirlos que atraigais á vuestra religion á cuantos os sea dable persuadir; y como venis de lejos para hacernos partícipes de lo que creéis lo mejor, quiero alojaros á mis expensas.» Gozosos los misioneros al oir contestacion tan favorable, se adelantaron hacia Cantorbery, cantando durante todo el camino la siguiente oracion: «Señor, os pedimos que en vuestra misericordia desviéis vuestra cólera de esta ciudad y de vuestro santo templo, pues todos somos pecadores. *Alleluia*».

La curiosidad indujo á los paganos á visitar á los extranjeros; admiraron las ceremonias de su culto, compararon su vida con la de los sacerdotes paganos, y aprendieron á amar una religion que tanta austeridad, desinterés y piedad inspiraba; Etelberto veia con secreto placer el cambio que se verificaba en la opinion de sus súbditos, y conmovido él por la virtud de los misioneros y por los milagros que obraban, convirtióse, declarándose cristiano y recibiendo el Bautismo el dia de la fiesta de Pentecostes del año 595; al llegar

<sup>1</sup> Beda, I, 25.

la siguiente fiesta de Navidad, diez mil súbditos suyos siguieron el ejemplo de su Soberano.

El real neófito no tardó en convertirse en un apóstol, y durante los últimos veinte años de su vida, el anciano rey Etelberto empleó toda su influencia en secundar los esfuerzos de los misioneros, no con la violencia, sino con sus ejemplos y exhortaciones particulares. La conquista de una sola alma le parecía muy preciosa, y únicamente se creía rey para servir al *Rey de los reyes*<sup>1</sup>.

Para dar una forma duradera á su naciente Iglesia, san Agustin pasó á Francia, donde fué consagrado por manos de Virgilio, obispo de Arles y vicario de la Santa Sede en las Galias; y de regreso á Inglaterra, recogió los mas abundantes frutos, puesto que Dios apoyaba sus predicaciones con los milagros mas extraordinarios. La cosecha aumentaba cada dia, así es que el celoso segador envió á Roma á algunos de sus compañeros para solicitar nuevos trabajadores evangélicos, y volvieron llevando consigo á muchos y fervientes discípulos de san Gregorio. Con la nueva colonia de misioneros el santo Papa envió todo lo necesario para el servicio divino; vasos sagrados, adornos de altar, vestidos para los presbíteros y los clérigos, reliquias de los Apóstoles y de los Mártires, y un gran número de libros.

Á ellos añadió una carta para Agustin llena de sabios consejos. «Cuidad, carísimo hermano, le decia, de no caer en el orgullo y en la vanagloria con motivo de los milagros que obra Dios por vos en medio de la nacion que ha elegido. Mientras Dios obra por vos exteriormente, debeis en vuestro interior juzgaros con severidad; tratad de comprender bien lo que sois, y la excelencia de la gracia concedida á un pueblo para cuya conversion habeis recibido el poder de hacer milagros. Tened siempre delante de los ojos las faltas que podeis haber cometido con palabras ó acciones, á fin de que el recuerdo de vuestras infidelidades ahogue los sentimientos de orgullo que sintiéreis nacer en vuestro corazon. Pensad que el don de milagros no os ha sido dado para vos, sino para aquellos cuya salvacion debeis procurar; no ignorais lo que en el Evangelio dice la misma Verdad: Muchos vendrán á decirme: Hemos hecho milagros en vuestro nombre, mas yo les contestaré: No os conozco.»

<sup>1</sup> Lingard. *Historia de Inglaterra*, t. I, pág. 122-127.

¿Puede haber mas evidente prueba de la verdad de los milagros obrados por san Agustin que la rápida conversion de la Inglaterra y los graves consejos de san Gregorio?

El Apóstol de la Gran Bretaña murió en 26 de mayo del año 604, guiando un pueblo entero convertido con sus afanes al Pastor de los pastores; nada da mas alta idea de san Agustin y del Cristianismo, que el maravilloso cambio que se verificó en Inglaterra. Antes de la llegada de los santos misioneros, los ingleses vivian entregados á toda clase de vicios y sumidos en la mas crasa ignorancia, como lo prueba que al desembarcar en la Gran Bretaña no conocian el uso de las letras, y que todos los progresos que hicieron en las ciencias hasta el tiempo de san Agustin se redujeron á aumentar el alfabeto de los irlandeses; su crueldad era tanta, que vendian á sus propios hijos como á esclavos, inhumanidad que apenas se encuentra actualmente entre los negros.

Sin embargo, apenas hubo brillado á sus ojos la luz del Evangelio, cuando se convirtieron en otros hombres y en verdaderos discípulos del Salvador; los nobles y los reyes rivalizaron con el pueblo en piedad y en fervor, y como una maravilla reservada exclusivamente al Cristianismo, viéronse en el espacio de doscientos años treinta y tres reyes ó reinas de los anglo-sajones bajar del trono en medio de la paz y de la prosperidad para encerrarse en el claustro. ¿Dónde está el heroismo, dónde la grandeza de alma, á no ser en el desprecio de los esplendores humanos y de todas las pasiones de las que fueron viles esclavos los mas orgullosos conquistadores de la antigüedad<sup>1</sup>?

Lo que hacian los Benedictinos en sus monasterios para la conservacion de las obras antiguas, otras muchas comunidades lo practicaban igualmente desde el siglo vi en diferentes puntos del globo; tales, entre otras, las congregaciones religiosas de san Cesáreo, en Arlés, de san Ferreol, en Uzés, etc. Largo seria en extremo el enumerar sus inmortales trabajos: si el hombre que de ellos se aprovecha los ignora, Dios, que los inspira, sabrá recompensarlos; por otra parte una nueva fase de la gran lucha del mal contra el bien llama toda nuestra atencion.

Mientras que el imperio romano, atacado, dividido, demolido pie-

<sup>1</sup> Véase á Speed, *Historia de la Gran Bretaña*, pág. 243; y *Monasticon anglicanum*, pref. pág. 9.

dra por piedra por los bárbaros del Norte, desaparecía del globo para dejar en breve de ser contado entre las naciones, iba á desplomarse para cubrir el Asia Superior con sus ruinas otro imperio igualmente culpable, el de los persas. Los Apóstoles le presentaron la antorcha del Evangelio, y la habia rechazado; mas el cruel Sapor persiguió á los cristianos de sus Estados durante cuarenta años con inaudita violencia, sellando nuestra fe con su sangre mas de doscientos mil Mártires: los sucesores de Sapor heredaron su odio y su crueldad, y tanta sangre derramada clamaba venganza: difirióse ésta durante algun tiempo, pues Dios solo castiga á pesar suyo; pero por fin, cuando los imperios, lo mismo que los particulares, se niegan á rendirse á su gracia, deja caer sobre ellos su temible brazo.

El imperio de los persas, ó de los partos, nos ofrece un grande ejemplo de esta verdad, y nos repite siempre que todas las naciones han sido criadas y puestas en el mundo para conocer, amar y servir á Jesucristo, á quien Dios su padre ha dado en herencia toda la tierra; mientras se mantienen dóciles á aquel Rey inmortal, la gloria y la prosperidad son su patrimonio, y la vista de su dicha robustece y extiende el imperio del Hijo de Dios, enseñando á los demás pueblos á amarle; pero si la infidelidad se introduce entre ellas, si se atreven á rebelarse contra el Cordero dominador del mundo, y decirle como los judíos: *No queremos que reines en nosotros*, son al momento aniquiladas, y el espectáculo de sus desgracias y la fama de su ruina afirman el imperio de Jesucristo enseñando á los demás pueblos á temblar en su presencia.

Vemos, pues, que los dos grandes pueblos, los romanos y los persas, que al aparecer el Cristianismo se disputaban el cetro del mundo, aniquilados por la cólera del Todopoderoso en castigo de su resistencia al Evangelio contribuyeron y contribuyen aun, á pesar suyo, al afianzamiento del reino inmortal del Hombre-Dios. En su vasta sepultura, como en la frente del judío errante, los ojos cristianos leen esta inscripcion: *Asi perecen los pueblos que se atreven á decir: No queremos que el Cristo reine en nosotros; naciones y reyes que pasais, aprended.*

Para colmar sus iniquidades, el imperio de los persas se precipitó contra la Palestina á principios del siglo VII, es decir, en el año 614; á su paso encontró á un ejército romano, que destruyó completamente, y vadeado el Jordan por los vencedores, sus orillas en toda

su extension quedaron cubiertas de ruinas. Los habitantes de los campos huyeron ante el furor de los enemigos, los cuales se encarnizaron contra los santos solitarios que vivian á ambos lados de aquel rio.

Ocho dias antes de la toma de Jerusalem fué atacada la laura de San Sabas; la mayor parte de los monjes habian huido, y solo quedaron en ella cuarenta y cuatro, los mas antiguos y virtuosos, venerables ancianos que habiendo abrazado la vida monástica en su juventud habian encanecido en sus devotos ejercicios; algunos de ellos no habian salido de la laura hacia cincuenta ó sesenta años; otros no habian visto la ciudad desde su entrada en el monasterio, así es que no quisieron abandonar el recinto querido. Los bárbaros saquearon la iglesia, y apoderándose de los santos ancianos los atormentaron durante muchos dias, creyendo que les descubrirían algunos tesoros; mas enfurecidos al ver burladas sus esperanzas, los despedazaron. Los patriarcas del desierto recibieron la muerte con sereno rostro y con acciones de gracias; demostrando que desde mucho tiempo deseaban librarse de la vida y volar á la presencia de Jesucristo.

El ejército enemigo marchó luego contra Jerusalem, donde entró sin resistencia; esto no impidió que lo pasase todo á sangre y fuego, y como aquel pueblo idólatra y enemigo del Cristianismo odiaba principalmente á los presbíteros, monjes y religiosos, perecieron estos en gran número en la general matanza. El resto de los habitantes, hombres, mujeres y niños, fueron cargados de cadenas y conducidos á la otra parte del Tigris, excepto los judíos, á causa del odio que profesaban á los cristianos; en aquella ocasion llevaron su ira mas léjos que los mismos paganos, á quienes compraron cuantos cristianos cautivos les fué dable, á fin de tener el bárbaro placer de matarlos á su gusto<sup>1</sup>; los cristianos que tuvieron la fatal suerte de caer en manos de tan encarnizados enemigos, fueron en número de noventa mil. El obispo Zacarías fué llevado en cautiverio; el Santo Sepulcro y las iglesias de Jerusalem saqueadas y entregadas al fuego, mas la pérdida mas sensible fué la de la verdadera cruz, que no habia cristiano que no hubiese querido rescatar al precio de su propia vida.

Una parte considerable del árbol de salvacion habia sido dividida

<sup>1</sup> Chr. pasc.

en infinitos pedazos, esparcidos por todo el mundo cristiano; mas habia quedado una gran porcion en Jerusalem, que los persas se llevaron en el mismo estado en que la encontraron, es decir, encerrada en un estuche sellado con el sello del obispo. El patricio Nicetas logró salvar dos preciosas reliquias, la esponja y la lanza de la pasion; mas en cuanto á la santa cruz, fué depositada en Tamis, en Armenia. Retirados los enemigos, los habitantes de Jerusalem que habian podido sustraerse por medio de la fuga al furor de los persas y de los judíos, volvieron á la ciudad santa, tomando el presbítero Modesto, en ausencia del obispo Zacarías, el gobierno de aquella iglesia desolada, y dedicándose con ardor al restablecimiento de los Santos Sugares.

Los persas no solo devastaron la Palestina, sino que tambien la Siria y parte de las provincias vecinas: la desolacion habia llegado á su colmo; miles de mujeres, de niños, de ancianos, de personas ricas antes, veíanse expuestas á perecer de hambre; la mayor parte de estos desgraciados se refugiaron en Egipto, donde la maternal Providencia que vela por la Iglesia les habia preparado un refugio, un apoyo, un consolador, un padre en la persona de san Juan, apellidado el Limosnero, patriarca de Alejandria. ¿Qué puede haber mas útil para nosotros mismos y mas glorioso para el Cristianismo que referir detalladamente la vida del Vicente de Paul oriental? Escuchad, pues, la sencilla relacion de su historiador<sup>1</sup>.

«En un viaje que hice á Alejandria, nos dice, para besar las reliquias de los santos mártires Ciro y Juan, me hallé en la mesa en compañía de algunas personas muy afectas al servicio de Jesucristo, con las que hablamos de la sagrada Escritura y del estado del alma, cuando se acercó un extranjero á pedirnos limosna, diciendo haber sido librado recientemente del cautiverio de los persas; por casualidad nadie tenia dinero en aquel entonces, mas un criado de uno de los presentes, muy ingenioso para hacer limosnas, á pesar de que solo ganaba tres escudos al año para vivir él, su esposa y dos niños de tierna edad, le siguió sin decir nada, y presentándole una pequeña cruz de plata que llevaba consigo, se la dió, añadiendo con candidez que fuera de aquello no tenían ni el valor de un dinero.

«Conmovíome tanto la accion inspirada á aquel criado por la gra-

<sup>1</sup> Leoncio, obispo de Naple, en Chipre.

«cia de Dios, que la referí sin pérdida de momento al que estaba sentado cerca de mí, el cual se llamaba Menna, y era un santo presbítero que habia sido ecónomo de la iglesia de Alejandria bajo el célebre y bienaventurado patriarca Juan el Limosnero. Al verme admirar y prodigar tantas alabanzas al que habia dado la limosna, me dijo: No os admiraria el que haya practicado semejante accion, si supiéseis las instrucciones que ha recibido y la tradicion que sigue al obrar así.—¿Qué quereis decir? le pregunté; y me contestó: Ese criado ha estado siempre al servicio de nuestro santísimo y bienaventurado patriarca Juan, y como verdadero hijo de tan gran pastor, ha heredado la ingeniosa caridad de su padre, quien le repetia con frecuencia: Humilde Zacarías, sé caritativo, y Dios te promete por mi boca no abandonarte jamás, ni durante mi vida, ni despues de mi muerte. Zacarías ha practicado hasta ahora tan saludable consejo, y á pesar de que Dios le ha dado muchos bienes, como lo da todo á los pobres sin reservarse nada para sí, su familia está reducida á una gran necesidad.

«Varias veces se le ha oido decir á Dios con cándida alegría: Verémos, Señor, quién reportará la victoria en este combate; Vos haciéndome siempre bien, ó yo distribuyéndolo siempre á los pobres. Cierta dia que estaba muy triste por no poder dar cosa alguna á un pobre que le pedia limosna, dijo á un mercader conocido suyo: Mi familia carece de pan; os suplico que me deis una moneda de plata, y en pago os serviré durante un mes ó dos allí donde querais y en todo lo que os acomode; consintió en ello el mercader, mas luego que Zacarías tuvo el dinero, lo dió al pobre rogándole que no lo dijese á nadie.

«Menna, que era un santo varon, viendo que escuchaba sus palabras como habia escuchado el Evangelio, me dijo con grande efusion de corazon: ¿Os admira esto? ¿Qué habriais, pues, experimentado si hubiéseis visto á nuestro santo Patriarca?—¿Qué mas habria podido ver? le contesté.—Por la misericordia de Dios, añadió, podeis dar fe á mis palabras; nuestro bienaventurado Patriarca me ordenó de presbítero y me hizo ecónomo de esta santísima iglesia, y le he visto practicar cosas que superan á cuanto puede imaginarse; si gustais ir hoy á casa de vuestros servidores y darnos vuestra bendicion, os referiré sus obras, de las que he sido testigo presencial.

«Apenas hubo dicho estas palabras cuando me levanté, y tomándole por la mano, le acompañé á su casa; llegados allí empezó á referirme con extremada sencillez la vida del Santo, advirtiéndome que una de sus primeras cualidades era no jurar jamás; antes de que pasase adelante pidió papel y tintero á fin de notar por orden lo que iba á decirme, y continuó así su narracion:

«Despues que hubo sido elevado á la sede de la iglesia de la gran ciudad de Alejandria tan querida de Jesucristo, san Juan llamó á los ecónomos y á los diáconos y les dijo: Hermanos míos, no es justo que cuidemos mas de los hombres que de Jesucristo. Perplejos quedaron los numerosos asistentes al oír estas palabras, y esperaban su explicacion, cuando el Santo continuó de este modo: «Recorred, pues, la ciudad, y hacedme una lista exacta de todos mis señores: mas ignorando todos de quién queria hablar, y quiénes podian ser los señores del Patriarca, suplicáronle que los nombrase, contestándoles él estas evangélicas palabras: Mis señores y auxiliares son los que vosotros llamais pobres y mendigos, puesto que á ellos toca ayudarnos realmente y darnos el reino de los cielos.

«La orden del santo Patriarca fué puntualmente ejecutada; los ecónomos le presentaron mas de siete mil quinientos pobres, á quienes mandó dar diariamente cuanto les fuese necesario. Acompañado de su querido rebaño, fué á tomar posesion de su iglesia metropolitana; mas donde brilló de un modo maravilloso la caridad del buen pastor, fué al ser la Palestina y la Siria devastadas por los persas: todos los infelices habitantes de aquellos países que pudieron escapar al hierro y al fuego se dirigieron en busca del santo varon, como de un seguro puerto; clérigos, legos, magistrados, particulares, obispos, todos se refugiaron en Alejandria; Juan recibíalos á todos, les consolaba y les trataba no como desgraciados cautivos, pero sí como verdaderos hermanos; por sus cuidados los heridos y los enfermos fueron llevados á los hospitales, donde eran curados gratis; de allí no salian hasta que su voluntad se lo dictaba, y recibian la visita del santo Obispo dos ó tres veces á la semana.

«Á los que gozaban de salud y le pedian limosna les daba una moneda de plata á los hombres, y dos á las mujeres como mas débiles; cierto dia que se presentaron entre los que la pedian algunos hombres y mujeres llevando brazaletes y otras joyas de oro, los

ecónomos del santo Patriarca dejaron oír algunas reprensiones; mas, contra su costumbre, dióles éste una severa mirada, y les dijo con tono imperioso: Si deseais ser mis ecónomos, ó mejor, los de Jesucristo, obedeced sencillamente el precepto que nos ha impuesto de dar á cualquiera que nos pida; ni él ni yo necesitamos de ministros curiosos. Si lo que doy fuese mio, tendria alguna razon para ahorrarlo; pero es de Dios, y Dios quiere que se ejecuten sus órdenes en la distribucion de sus bienes; no quiero participar de vuestra poca fe, pues aun cuando se reuniese en Alejandria el universo enteró para pedir limosna, no se agotarían los infinitos tesoros de Dios.

«La solicitud del caritativo Patriarca no olvidó la infortunada Jerusalem; al saber el saqueo de aquella ciudad, envió á ella á un hombre piadoso llamado Cresippo, con mucho dinero, vestidos, trigo y otros víveres, al mismo tiempo que hizo partir á dos obispos y al abad del Monte de San Antonio, con cuantiosas sumas, á fin de rescatar á los que habian sido llevados cautivos. Del mismo modo obraron antes, cuando las invasiones de los pueblos del Norte, san Leon, san Ambrosio, san Agustin y tantos otros obispos, que no solo fueron las antorchas de su siglo, sino tambien los bienhechores de la humanidad.

«Los diputados del Patriarca le dieron parte de que el abad Modesto carecia de lo mas necesario para el restablecimiento de los Santos Lugares, y sin pérdida de momento le envió mil monedas de oro, mil sacos de trigo, mil de legumbres, mil libras de hierro, mil paquetes de pescado seco, mil vasijas de vino y mil trabajadores egipcios, con una carta que decia: Perdonadme si nada os envio que sea digno del templo de Jesucristo; yo mismo quisiera poder trabajar en el de su santa resurreccion. Con tales auxilios el abad Modesto restableció la iglesia del Calvario, la de la Resurreccion, la de la Cruz y la de la Ascension; esta última, que era llamada la madre de las iglesias, fué construida nuevamente desde sus cimientos hasta su cúpula.»

«La leccion siguiente acabará de darnos á conocer aquella viva caridad, cuya relacion es siempre un poderoso incentivo á la virtud, y la mas bella apología del Cristianismo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber suscitado en san Agustin un apóstol para la Inglaterra, y en san Juan el Limosnero un padre y un consolador para la Iglesia de Oriente, insultada por vuestros enemigos; bendita sea vuestra Providencia que así vela por las necesidades de vuestros hijos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, jamás diré: *No quiero que Jesucristo reine en mí.*

CATECISMO COMPENDIADO.



LECCION I.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — PRIMERA PREDICACION DE LOS APÓSTOLES. — SIGLO I.

PREGUNTA. ¿Dónde se retiraron los Apóstoles despues de la ascension del Señor?

RESPUESTA. Á Jerusalem con la santísima Virgen, y entraron en el Cenáculo para esperar entre la oracion y la meditacion el descenso del Espíritu Santo, que recibieron el dia de Pentecostes.

P. Cuéntame la historia de este milagro.

R. Como á las nueve de la mañana dejóse oír por toda la casa en que se hallaban reunidos los Apóstoles un gran rumor como el que produce un fuerte huracan, y al mismo tiempo aparecieron unas lenguas de fuego que se posaron sobre la cabeza de cada uno de ellos; al momento hablaron todos diferentes idiomas, y cambiados en otros hombres, marcharon á anunciar á Jesús crucificado.

P. Continúa refiriéndome este hecho.

R. Al saber lo que habia pasado acudió al Cenáculo una gran multitud de pueblo, y á pesar de que la componian hombres de todas las naciones, todos comprendian á los Apóstoles; tal milagro, junto con las palabras de san Pedro, convirtió al momento á tres mil personas.

P. ¿Qué hicieron luego los Apóstoles?

R. Bautizaron á los nuevos fieles, despues de lo cual Pedro y Juan se dirigieron al templo, donde curaron milagrosamente á un cojo de nacimiento.